

Bernhard Schlink

El fin de semana

Traducción de Txaro Santoro



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

Das Wochenende

© Diogenes Verlag AG

Zürich, 2008

Publicado con la ayuda del  GOETHE-INSTITUT,
financiado por el Ministerio de Relaciones Exteriores alemán

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

Ilustración: «Chalet en Hilversum», Max Liebermann, 1901, © bpk Berlin,
Nationalgalerie, Staatliche Museen zu Berlin / Foto: Jörg P. Anders

Primera edición: abril 2011

© De la traducción, Txaro Santoro, 2011

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2011

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7559-1

Depósito Legal: B. 9029-2011

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, Múrcia, 36

08830 Sant Boi de Llobregat

Viernes

Llegó poco antes de las siete. Había pensado que a una hora tan temprana circularía más deprisa y llegaría antes, pero, al irse encontrando una obra tras otra, se puso nerviosa. ¿Acabaría él saliendo por la puerta, buscándola en vano con la mirada y teniendo que enfrentarse, lo primero de todo, a la desilusión y al desaliento? En el retrovisor estaba saliendo el sol. Hubiera preferido tenerlo de frente y no de espaldas, aunque así la habría deslumbrado.

Aparcó donde aparcaba siempre y recorrió el breve trecho que quedaba hasta la puerta tan despacio como siempre. Barrió de su cabeza todo lo relacionado con su propia vida e hizo sitio para él, aunque lo cierto es que él tenía siempre un sitio fijo en su cabeza. No pasaba una sola hora sin que se preguntara qué estaría haciendo en aquel momento o cómo le estaría yendo. Y cuando se encontraban, para ella sólo existía él. Ahora que su vida ya no iba a seguir anclada en un punto sino que volvería a ponerse en movimiento, necesitaba que ella le prestara toda su atención.

El viejo edificio de piedra arenisca estaba bañado por el sol. Una vez más le impresionó que una construcción que servía para un propósito tan feo pudiera ser tan hermosa: el

muro con la parra virgen –verde prado o verde bosque en primavera y verano; amarillo y rojo en otoño–, las torrecillas en las esquinas y la torre grande en medio, con unas ventanas que recordaban las de las iglesias, y aquella pesada puerta que resultaba hostil como si su objetivo no fuese mantener encerrados a sus moradores sino ahuyentar a los enemigos. Miró el reloj. A los de dentro les gustaba hacer esperar a la gente. Varias veces le había ocurrido que, tras solicitar en vano una visita de dos horas y una vez transcurrida la hora concedida, no habían acudido a buscarla a tiempo y se había quedado sentada a su lado media hora o tres cuartos más, sin estar ya realmente con él.

Pero cuando las campanas de la cercana iglesia empezaron a dar las siete, la puerta se abrió y él salió, guiñando los ojos al sol. Ella atravesó la calle corriendo y lo abrazó. Lo abrazó antes de que pudiera depositar en el suelo sus dos sacos grandes, de modo que él quedó aprisionado en su abrazo, sin poder corresponderlo.

–Por fin –dijo ella–. Por fin.

–Déjame conducir –dijo él cuando llegaron al coche–. He soñado tantas veces con hacerlo...

–¿Te atreves? Ahora los coches son más rápidos y el tráfico es más intenso.

Él insistió e, incluso cuando la frente se le cubrió de sudor por la concentración, siguió conduciendo. Ella iba tensa, sentada a su lado y sin decir nada, aunque él cometiera errores al girar por las calles de la ciudad o al adelantar en la autopista. Hasta que vio el anuncio de un área de descanso y dijo:

–Tengo que desayunar algo. Llevo cinco horas levantada.

Aunque había estado yendo a visitarle a la cárcel cada dos semanas, cuando lo vio andando a su lado a lo largo del

mostrador, llenando la bandeja, deteniéndose en la caja, regresando del cuarto de baño y sentándose frente a ella, le pareció como si lo viera por primera vez después de mucho tiempo. Se fijó en cuánto había envejecido; más de lo que había notado o de lo que había querido reconocer durante sus visitas. A primera vista seguía siendo un hombre guapo, alto, de rostro anguloso, con unos ojos verdes luminosos y una abundante cabellera castaña con canas. Pero su mala postura acentuaba un vientre que no se correspondía con la delgadez de sus brazos y piernas; arrastraba los pies al andar, tenía un tono grisáceo en la piel del rostro, y las arrugas, a lo ancho en la frente y a lo largo en las mejillas, no denotaban concentración sino un estado de agotamiento difuso. Y al hablar... Se asustó al notar las dificultades y vacilaciones con las que reaccionaba a lo que ella le decía y los movimientos, imprevistos e inquietos, que hacía con las manos para subrayar sus propias palabras. ¿Cómo no había notado todo aquello durante sus visitas? ¿Qué más de lo que le ocurría y sentía no había notado?

—¿Vamos a tu casa?

—Vamos a pasar el fin de semana en el campo. Margarete y yo nos hemos comprado una casa en Brandeburgo. Es una casa que está en mal estado. No tiene calefacción ni electricidad. El agua está fuera y hay que sacarla con una bomba, pero tiene un terreno muy grande con un viejo parque y ahora, en verano, está precioso.

—¿Y cómo cocináis?

Ella se rió.

—¿Eso te interesa? Pues con unas bombonas grandes y rojas de gas. Para este fin de semana tengo dos extra: he invitado a los viejos amigos.

Ella había supuesto que eso le alegraría, pero él no demostró ninguna alegría; sólo preguntó:

—¿A quiénes?

Ella le había dado muchas vueltas al asunto. ¿Quiénes de los viejos amigos le harían bien, quiénes le aportarían sólo confusión o le harían replegarse en sí mismo? Tiene que relacionarse con gente, se había dicho a sí misma, y además necesita ayuda, y ¿de quién, si no es de los viejos amigos? Al final decidió que los que se alegraran de su llamada y quisieran acudir serían los más apropiados. En algunos de los que se excusaron percibió un sincero pesar: habrían acudido gustosos si lo hubieran sabido con tiempo y no hubieran tenido ya otros planes. Pero ¿qué podía hacer ella? La excarcelación se había producido de improviso.

—A Henner, a Ilse, a Ulrich con su actual mujer y su hija, a Karin con su marido y, naturalmente, a Andreas. Con Margarete, contigo y conmigo seremos diez.

—¿Y Marko Hahn?

—¿Quién?

—Ya sabes quién. Durante mucho tiempo sólo nos escribimos, no fue a visitarme por primera vez hasta hace cuatro años, pero desde entonces lo ha hecho con regularidad. Aparte de ti, es...

—¿Te refieres a ese loco que por poco te cuesta el indulto?

—Sólo hizo lo que le pedí. Fui yo quien escribió la nota. Yo conocía los motivos y a los destinatarios. A él no tienes nada que reprocharle.

—Tú no podías saber lo que eso iba a acarrear. Él sí lo sabía y no te hizo desistir, sino que te alentó. Te está utilizando.

Había vuelto a ponerse tan furiosa como aquella mañana en que leyó en la prensa que él había enviado un escrito sobre la violencia a un oscuro congreso de izquierdas, con lo cual ponía en evidencia su incapacidad para entrar en razón y arrepentirse... Y alguien así no merecía un indulto.

–Voy a llamar y a invitarlo.

Se levantó, buscó monedas en el bolsillo del pantalón, las encontró y se dirigió al teléfono. Ella también se levantó, con ganas de ir tras él y sujetarlo, pero volvió a sentarse. Cuando vio que se detenía a mitad de la conversación telefónica, volvió a levantarse, fue hacia él, tomó el auricular y explicó cómo se llegaba a su casa. Él le pasó un brazo por los hombros y eso le produjo tal bienestar que se calmó.

Cuando volvieron a subirse al coche, ella se sentó al volante. Al cabo de un rato, él preguntó:

–¿Por qué no has invitado a mi hijo?

–Lo llamé por teléfono y me colgó sin más. Después le escribí una carta y... –Se encogió de hombros–. Sabía que a ti te habría gustado que estuviera presente, pero ya me imaginaba que no vendría. Hace mucho que no está de tu parte.

–Eso no es cosa suya. Han sido ellos.

–¿Y qué diferencia hay? Él es como lo han educado.

Henner no sabía a qué atenerse ni qué esperar de un fin de semana compartido con más gente, un fin de semana en el que volvería a ver a Jörg, a Christiane y a otros viejos amigos. Cuando Christiane lo llamó por teléfono, aceptó su invitación de inmediato. ¿Sería porque notó cierto tono de súplica en su voz? ¿Porque las amistades de la juventud generan el derecho a una lealtad de por vida? ¿Por curiosidad?

Llegó temprano. En el mapa había visto que la casa de Christiane estaba junto a un área natural protegida y quería andar un poco por allí antes de encontrarse con los demás. Andar, respirar a pleno pulmón y desconectar. Porque, obligado por un escritorio desbordado de papeles y una agenda repleta de citas, el miércoles había regresado de una conferencia en Nueva York.

Con asombro contempló lo magnífica que era la finca: el muro de piedra, la puerta de hierro forjado, los altos robles delante de la casa y el gran parque que se extendía por la parte de atrás de la centenaria edificación. Todo estaba muy deteriorado: el tejado, cubierto con chapa ondulada herrumbrosa; el revoque de los muros, desconchado y mohoso, y el prado, al que en otro tiempo se abría la terraza posterior,

repleto de arbustos y matorrales. Pero las ventanas eran nuevas; la gravilla de delante de la casa era reciente; en la terraza se veían muebles de madera, como los de las cervecerías al aire libre; había una mesa y cuatro sillas abiertas, además de varias mesas y unas cuantas sillas más, plegadas, y los caminos que conducían al parque habían sido desbrozados.

Henner tomó uno de los caminillos y se sumergió en un universo forestal verde y silencioso. Por encima de su cabeza no veía el cielo sino solamente el follaje bañado por el sol. A ambos lados del camino, cubierto por altas hierbas, el entramado de ramas y arbustos parecía impenetrable. Durante un rato, un pájaro le precedió dando saltitos por el camino, pero desapareció tan de repente que Henner no habría podido decir hacia dónde se había dirigido ni si lo había hecho a saltitos o volando. Enseguida comprendió que las vueltas y revueltas del camino sólo se debían a que el arquitecto había pretendido producir la sensación de un parque inmenso. Aun así, se sentía como si se hallase en medio de un bosque encantado, presa de un hechizo que le impedía encontrar la salida. Pero cuando empezaba a pensar que en realidad no quería encontrarla, aquel universo forestal llegó a su fin y se encontró ante un arroyo bastante ancho, en cuya otra orilla vio un prado tras otro y un pueblo a lo lejos, con su torre de iglesia y su silo para el grano. El silencio seguía reinando por todas partes.

Después, río abajo, vio a una mujer sentada en un banco. Había estado escribiendo, pero ahora tenía cuaderno y lápiz sobre el regazo y le observaba. Henner se dirigió hacia ella. Un ratoncillo gris, pensó, insignificante, acobardado e indeciso. Ella miraba sonriente cómo él se iba acercando.

—¿Ya no me conoces?

—¡Ilse!

Como, con harta frecuencia, se encontraba de frente

con algún conocido cuyo nombre no conseguía recordar, se alegró mucho de poder poner nombre de inmediato a aquel rostro que había estado a punto de no reconocer. La última vez que había visto a Ilse –en los años setenta, no recordaba bien cuándo–, era una chica joven y guapa, con la nariz y el mentón un poco afilados, la boca un poco severa y una postura siempre ligeramente encorvada, para no atraer la mirada de los demás sobre sus grandes pechos, pero una chica que resplandecía con su piel clara, sus ojos azules y su pelo rubio. Aunque le estuviera sonriendo amablemente, contenta del reencuentro, Henner no percibió ahora aquel antiguo resplandor. Se quedó algo desconcertado, como si le resultase doloroso que ya no fuera la que entonces prometía ser y seguir siendo.

–¿Cómo te va?

–Me he tomado unas horas libres. Tres horas de inglés... Me ha sustituido mi amiga y seguro que lo ha hecho bien, pero si me llamara o si yo pudiera dar con ella, me quedaría más tranquila –dijo, mirándole como si él pudiera ayudarla–. Nunca me había tomado unas horas libres por las buenas.

–¿Y dónde das clase?

–Yo nunca me marché. Cuando vosotros os fuisteis, acabé las prácticas, encontré mi primer trabajo y, con el tiempo, el segundo en mi antiguo colegio. Y ahí sigo. Doy clases de alemán, de inglés y de arte. –Y, como si quisiera dejar sus asuntos personales zanjados, prosiguió–: No tengo hijos. No me casé. Tengo dos gatos y una vivienda propia en la falda de la montaña, con vistas a la llanura. Me gusta ser profesora. A veces pienso que treinta años ya es suficiente, pero seguramente eso es algo que le ocurre a todo el mundo con su trabajo. Pero ya no me queda mucho.

Henner esperaba que ella le preguntara «¿Y cómo te va a ti?», pero, como no lo hizo, siguió preguntando él:

—¿Y has mantenido siempre el contacto con Jörg y Christiane?

Ilse negó con la cabeza.

—No, hace un par de años me encontré a Christiane por casualidad en la estación de Frankfurt. Había problemas con los trenes por culpa de la nieve y las dos estábamos allí, esperando para enlazar con otro tren. Desde entonces nos hablamos por teléfono de vez en cuando. Ella siempre me decía que escribiera a Jörg, pero durante mucho tiempo no me atreví. Cuando presentó la petición de indulto, por fin lo hice. «No voy a suplicar clemencia. He luchado contra este Estado y él ha luchado contra mí. No nos debemos nada. Sólo debemos lealtad a nuestras propias reivindicaciones.» ¿Lo recuerdas? El anuncio de que había presentado una petición de indulto traslucía tanto orgullo... De pronto, fue como si Jörg volviera a ser aquel muchacho que conocí... y del que me enamoré. —Se rió—. Entonces él no lo sabía y vosotros aún menos. Todos vosotros erais... Me dabais miedo, porque siempre sabíais perfectamente lo que estaba bien y lo que estaba mal, y lo que había que hacer; porque erais decididos, taxativos, indoblegables, intrépidos. Para vosotros todo era fácil y a mí me daba vergüenza que para mí todo fuera difícil y no saber cómo era todo eso del capital y del Estado y de los poderosos, y cuando hablabais de los cerdos... —Volvió a sacudir la cabeza, perdida en la vergüenza y el miedo de entonces—. Yo tenía que acabar de estudiar cuanto antes y empezar a ganar dinero y vosotros tenáis todo el dinero y el tiempo del mundo, y vuestros padres... El de Jörg y Christiane era catedrático; el tuyo, abogado; el de Ulrich, dentista con una gran consulta, y el de Karin, pastor de la Iglesia protestante. Mi padre, en cambio, había perdido su pequeña finca de labranza en Silesia, una finca que apenas le daba para vivir, pero que era suya, y trabajaba en una

lechería. A veces me llamabais «nuestra lecherita» y, aunque lo decíais de un modo cariñoso, o eso creo, yo no era de los vuestros y lo que hacíais conmigo era más bien tolerarme, y si hubiera desaparecido...

Henner intentaba encontrar recuerdos que concordaran con los de Ilse. ¿Se había presentado él alguna vez como alguien que sabía todo perfectamente y que disponía de todo el tiempo del mundo? ¿Se había referido a los policías, los jueces o los políticos llamándolos cerdos? ¿Había llamado a Ilse «nuestra lecherita»? Todo quedaba tan lejano... Lo que recordaba era el ambiente de noches enteras discutiendo, fumando demasiados cigarrillos y bebiendo demasiado vino tinto barato. Recordaba la sensación de estar en una búsqueda permanente y la de tener que acertar con el análisis correcto, con la acción correcta. Recordaba la euforia de planificar y preparar las cosas juntos, y la intensa vivencia y el intenso placer que les proporcionaba la conciencia de su fuerza cuando el auditorio o la calle les pertenecían. Pero de qué se discutía y qué se buscaba y por qué había que conquistar calles y auditorios era algo que no figuraba en sus recuerdos, y menos aún cómo le iba a Ilse entonces. ¿Había ido ella a buscar los cigarrillos? ¿Les había preparado el café? Daba clases de arte. ¿Sería ella quien hacía entonces las pancartas?

—Está muy bien que te hayas preocupado de Jörg. Yo fui a visitarle cuando le condenaron y no pude intercambiar con él ni una sola frase sensata. Y eso fue todo hasta que Christiane me llamó por teléfono hace una semana. ¿Ha cambiado mucho?

—¡Ah, no sé! Yo no he ido a visitarle; sólo le he escrito. Él nunca me invitó a que fuera —contestó ella, examinándolo, sin que él acertara a saber si lo que no entendía era su largo desinterés por Jörg o su actual interés por saber si había cambiado—. Pronto lo sabremos, ¿verdad?

Cuando Henner se alejó, Ilse abrió el cuaderno y leyó lo que había escrito.

El entierro tuvo lugar un día soleado y caluroso. Era un día en el que lo apetecible hubiera sido irse a un lago, bañarse, extender una manta, sacar vino tinto, queso y pan, y comer y beber, dirigir la mirada al cielo y dejar que los pensamientos vagasen con las nubes. No era un día para duelos. No era un día para estar muerto.

La comitiva fúnebre aguardaba ante la iglesia. Se saludaban unos a otros, se reconocían o se presentaban en medio del desconcierto. Todas las palabras eran falsas. Las expresiones de condolencia surgían con esfuerzo, los recuerdos que se intercambiaban eran imprecisos, y si alguien preguntaba el porqué, se eludía la respuesta con impotencia e irritación. Todas las palabras eran falsas, porque la muerte de Jan era falsa. No tendría que haberse suicidado y haber convertido a sus tres hijos pequeños en huérfanos y en viuda a su mujer. Cuando ya no se aguanta a la mujer y a los hijos, se divorcia uno. Suicidarse, quitarse de en medio y dejar a una mujer y a unos niños con sentimiento de culpa... ¡Eso no se hace!

Eso es lo que está diciendo uno del grupito de los viejos amigos.

Otro sacude la cabeza: «Jan se casó con Ulla cuando ella se quedó embarazada, y después del primer niño aún tragó con los gemelos para que ella no se diera cuenta de que no la quería; dejó la universidad y se puso a trabajar de abogado para que Ulla y los niños vivieran bien; y se esforzaba mucho por ayudar en casa para que Ulla pudiera acabar sus estudios... Y todo, porque eso es lo que se debe hacer. Pero ¿cuánto tiempo puede aguantar uno de esa manera, disimulando, porque eso es lo que se debe hacer? Y si se consigue aguantar, ¿no se está ya poco menos que muerto?»

Un tercero le interrumpe: «¡Que viene Ulla!»

En la iglesia habla el padre de Jan. Cuenta lo desconcertante que resulta lo sucedido: la desaparición de Jan y su aparición unos días más tarde, en Normandía, asfixiado por los gases del tubo de escape, manipulado para que se acumularan en la cabina del coche; coche que apareció aparcado, mirando al mar, cerca de un pueblo en el que hace años Jan había sido muy feliz. Habla de la desconcertante virulencia de un brote depresivo que condujo a Jan no sólo a huir de su familia y de su trabajo, sino a buscar la muerte. Es el jefe de una familia con muchos hijos y nietos, un hombre de pelo blanco, pastor protestante ya jubilado, y habla del brote depresivo con tal autoridad que incluso impresiona a los amigos, que no recuerdan haber visto jamás a Jan en un estado depresivo. ¿Lo sabrán ellos mejor que su propio padre?

Ilse revivió el entierro con total precisión. Fue la última vez que estuvo con todos los amigos con los que ahora iba a pasar el fin de semana. Jörg pasó a la clandestinidad poco

tiempo después. En el entierro sólo dio muestras de desprecio por Jan: no se quita uno la vida por bobadas burguesas cuando existe una gran lucha en la que uno podría arriesgarla. Christiane, que se había oído lo que Jörg tramaba en su fuero interno, estuvo mucho con él, ratificando sus opiniones despectivas y revolucionarias como si quisiera demostrarle que, con ellas, también tenía un lugar en el mundo y que, por lo tanto, no tenía por qué pasar a la clandestinidad. Los demás también se dispersaron poco después. En cierto modo, Jörg hizo lo que entonces habían de hacer todos: establecer el camino por el que iba a transcurrir su vida.

Pero no era el inminente reencuentro con los amigos lo que le había hecho recordar el entierro; sólo le había proporcionado el empujón necesario para empezar a escribir. Se había comprado un cuaderno grande, grueso y con tapa de cartón, y un lápiz verde con una mina muy larga como los que utilizan —así se lo habían explicado y le había gustado— los arquitectos. Había salido el jueves, una vez acabadas las clases en el colegio, y había llegado allí, tras tomar un tren, un autobús y un taxi, para emprender a la mañana siguiente en aquel lugar desconocido lo que en su fuero interno le parecía una pretensión exagerada: escribir.

No, la preocupación por el entierro había empezado hacía años. Por aquel entonces le había llamado la atención una obra teatral en la que se había fijado porque no conseguía librarse de una imagen del 11-S. No se trataba de la fotografía de los aviones impactando contra las torres, ni la de las torres humeantes, ni la de las torres desplomándose, ni la de la gente cubierta de polvo. La imagen de la que no podía librarse era la de los cuerpos cayendo al vacío; algunos solos, otros con alguien al lado, tocándose casi o incluso cogidos de la mano. No podía quitársela de la cabeza.

Había leído todo lo que había podido encontrar: que las estimaciones sobre el número de cuerpos que habían caído fluctuaban entre cincuenta y doscientos; que muchos habían saltado, pero que otros iban huyendo hacia las ventanas y, al romperse los cristales, se habían visto empujados por otras personas que huían, o habían sido absorbidos por las corrientes de aire; que, de los que habían saltado, algunos habían tomado esa decisión al verse en una situación sin salida y otros lo habían hecho simplemente por el insoponible dolor que producía el calor, calor que había sobrepasado los quinientos cincuenta grados y había abrasado a las personas antes de que lo hicieran las llamas; que las caídas se habían producido desde una altura de más de cuatrocientos metros y habían tenido una duración de hasta diez segundos; que las fotografías de los cuerpos cayendo no eran lo suficientemente nítidas como para poder reconocer los rostros, pero que, a pesar de todo, algunos familiares habían creído reconocer a alguien de los que caía por la ropa y que eso a unos les había aportado consuelo y a otros espanto, y que, de entre los muertos, los que habían saltado no habían podido ser identificados.

Pero ninguna información escrita la había conmovido tanto como la imagen de los cuerpos cayendo, siempre con los brazos abiertos y, a veces, también con las piernas separadas. Quizás, en vez de las imágenes aisladas que encontraba en los libros, Ilse podría haberse hecho con material filmado y haber visto caer realmente los cuerpos, manoteando, pataleando. Pero eso le daba miedo. En las fotografías parecía como si algunos cuerpos fueran volando hacia el suelo o incluso como si se elevaran volando desde él. Ilse tenía esperanzas y dudas al respecto. ¿Puede alguien hacer eso? ¿Puede alguien, en una situación semejante, saltar al vacío para ir planeando, volando, aunque no sea más que duran-

te sus últimos segundos? ¿Puede alguien disfrutar aún esos diez segundos que acabarán en una muerte súbita e indolora y gozarlos con toda la alegría con la que somos capaces de gozar la vida?

La obra de teatro trataba de un hombre que la mañana del 11 de septiembre tendría que haber estado sentado a su mesa de trabajo en una de las torres, pero se había retrasado y comprendió que tenía ante sí la oportunidad de que todo el mundo le diera por muerto, de poder salir a hurtadillas de su antigua vida y empezar una vida nueva. Ilse no había visto la obra de teatro ni la había leído, pero se imaginaba que aquel hombre había visto los cuerpos cayendo, planeando, volando y, entonces, se le había ocurrido la idea de la fuga. Para ella estaba claro, era evidente. Eso alimentó su imaginación y volvió a traerle a la mente el entierro de Jan y, con ello, la pregunta de si, efectivamente, se había suicidado o más bien había huido de su antigua vida para iniciar otra nueva. Volvió a revivir todos los detalles que las habían atormentado, a Ulla y a ella, durante el año posterior a la muerte de Jan, desde el entierro en sí hasta la misteriosa llamada telefónica, las ropas desconocidas, los expedientes que faltaban y el informe de la autopsia.